

ESCENA V

Los mismos, ELSA conducida por un numeroso cortejo de doncellas

TODOS.—¡ Ah ! ¡ Es Elsa, la hermosa Elsa ! ¿ á qué se deberá su mortal palidez ?

(*El Rey se dirige al encuentro de Elsa, que camina con lentitud, y la conduce á un sitio elevado; después vuelve á ocupar su sitio bajo la encina.*)

EL REY.—¿ Qué duelo anubla tu frente ? ¿ será el pesar de tu pronta partida ?

(*Elsa no se atreve á mirarle.—Suena gran rumor en el fondo.*)

TODOS.—Es él, el héroe de Brabante ! gloria á nuestro valiente caudillo !

(*Lohengrin, armado como en el acto primero, se adelanta lentamente.*)

ESCENA VI

Los mismos, LOHENGRIN

EL REY.—Sé tú nuestro guía en la guerra ; prestos están nuestros vasallos, y á tus órdenes, suya es de antemano la victoria.

LOHENGRIN.—¡ Noble rey ! Vengo á decirte que ya no puedo guiar á tus condes al combate.

EL REY Y TODOS (*mirándole con asombro*).— ¡ Gran Dios ! ¡ qué dice !

LOHENGRIN.—Sabed todos el deseo que me anima : voy á proferir una acusación ; mi queja es legítima. (*Descubre el cadáver de Federico. Todos retroceden con horror.*) La pena debe castigar un crimen doble ; de vosotros espero una sentencia justa. Ese hombre, como

un sicario, penetró de noche en mi estancia. ¿ Hice bien, inmolándolo ?

EL REY Y TODOS.—Así como le heriste en la tierra, que Dios le hiera con su cólera !

LOHENGRIN.—Otra queja resta aún. Ante vosotros todos, valientes guerreros, acuso de perjurá á esa mujer que tan cara me fué.

TODOS.—¡ Faltar ella á sus juramentos !

EL REY.—¿ Será cierto lo que oyes ?

LOHENGRIN (*con acento severo*).—¿ Recordáis que juró no preguntarme quién soy ? Pues bien, ha dado crédito á los insidiosos consejos de un espíritu pérfido y astuto. Ya que la duda se infiltró en su pecho, no he de callar más. Nada me digné decir al enemigo ; mas á vosotros voy á declarar mi nombre, mi abolengo ! No he de ocultarme, no ; ante el rey, ante el mundo entero, lealmente desvaneceré el misterio. (*Altivamente.*) ¿ Quién de vosotros es más grande que yo ?

TODOS.—¿ Qué dirá ? ¿ cuál será ese misterio ? ¡ si corre algún peligro, por qué lo declara ?

LOHENGRIN.—Hay en lontananza un mundo inaccesible, un lugar sagrado llamado Monsalvat ; allí se eleva un templo indestructible, cuyo brillo no tiene igual en la tierra. En sus muros, como el Santo de los Santos, consérvase con misterio un vaso augusto, que los ángeles entregaron á la piadosa guarda de los hombres más puros. Una Paloma, cruzando el espacio, acude cada año á renovar su esplendor. ¡ Es el Santo Graal ! Él infunde en sus caballeros inextinguible ardor ; quien obtiene la gloria de servirle queda investido de poder sobrehumano, y seguro de la victoria tiene en su potente mano la suerte de los malos ; aun cuando haya de trasladarse á lejanas comarcas para proteger el derecho y la virtud, su poder subsiste y su fuerza es sagrada, mientras su título es ignorado de todo el mundo. Mas tan sublime y maravilloso misterio no

debe ofrecerse á la mirada de los mortales; ninguno de los nuestros elude la ley severa, y al descubrirse su incógnito, ha de partir. Pues bien! descornado el denso velo, he de seguir la ley del Santo Graal! Parcival es mi padre, suya es la corona; yo soy Lohengrin!

Todos.—¡Nada iguala la nobleza de su abolengo! ¡gozoso llanto baña mi faz!

ELSA (*anonadada*).—¡Me falta el suelo! ¡aire, aire! ¡me ahogo!

(*Desfallece. Lohengrin la retiene en sus brazos.*)

LOHENGRIN.—¡Habla! ¡habla! ¡qué hiciste, Elsa! Cuando te ví por vez primera, extasióse mi alma en amor puro. Nuevos horizontes se abrían. El poder santo que el cielo me otorgó, la fuerza que un misterio me concedía, consagrarlos pensaba á tu servicio. ¿Por qué me arrancaste mi secreto? ¡Ay! ¡fuerza será separarnos para siempre!

ELSA (*en el colmo de la desesperación*).—¡Partir tú, esposo mío, no es posible! ¡ah! ¡quédate! ¡ve mi llanto y mi tormento!

LOHENGRIN.—He de partir, me esperan.

ELSA.—Sensible será tu corazón á mis remordimientos. Á tus plantas aguardo mi castigo. ¡Oh tú, alma divina y sublime, muéstrate clemente como Dios! Quiero sufrir, para expiar mi crimen; ¡ah! déjame sufrir, adorándote.

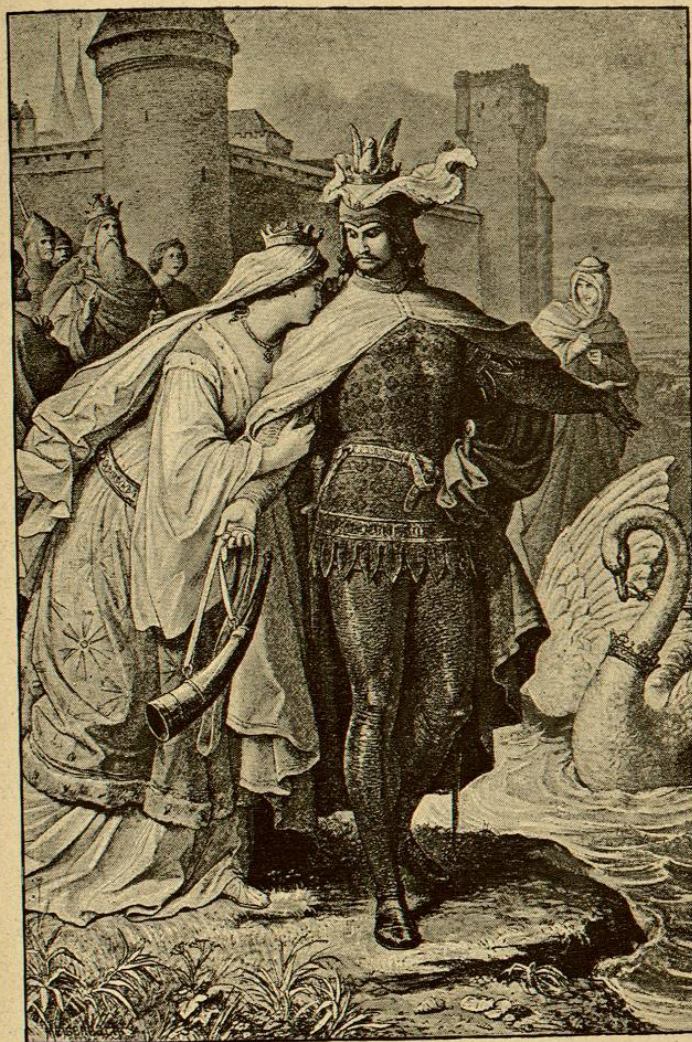
Todos.—¡Ah! quédate entre nosotros! ¡quédate, tú, cuyo brazo armó el cielo! ¿Quién podrá guiar nuestros pasos, privados del favor celeste?

LOHENGRIN.—Parto; así lo ordena el cielo. El santo Graal me acusará de lento. Separándome de ti, me castigo.

(*Elsa cae, exhalando un grito.*)

EL REY Y TODOS (*rodeando á Lohengrin*).—¡Ah! ¡quédate en este vasto imperio! Necesitamos un jefe que nos guíe.

LOHENGRIN.—No, príncipe, no. El santo Graal me



llama; es mi dueño, mi señor; de mi fidelidad á sus decretos, depende mi poder. Mas ¡oh gran rey! oye los destinos que de antemano prometo á tus virtudes: jamás invadirán vuestro suelo las desencadenadas hordas de Occidente. *(Viva agitación.)*

UN GRUPO DE HOMBRES *(en el foro).*—¡El cisne! ¡ved! ¡mirad! ¡aquí se acerca!

(Percíbese el cisne conduciendo la barquilla. Elsa, recobrando el sentido, se levanta y fija sus miradas en el río.)

ELSA.—¡El cisne! ¡oh dolor! ¡atroz remordimiento! *(Permanece largo rato inmóvil.)*

LOHENGRIN.—Ya es un reproche contra mi tardanza. *(Entre la general emoción, Lohengrin se aproxima á la orilla y contempla con tristeza al cisne.)* ¡Mi amado cisne! ¡cuánto hubiera deseado ahorrarte este postrer viaje! Transcurrido un año, hubiera cumplido el término de tu esclavitud; ya libre, el mundo entero te habría contemplado. *(Volviéndose, conmovido, á Elsa.)* Mi solo anhelo, Elsa amada, fué ser testigo de tu ventura durante un año, pasado el cual hubiera renacido á esta vida ese amado hermano, objeto de tu dolor. *(Entregándole á Elsa la trompa, la espada y el anillo.)* Si el hado quiere que aparezca, dale la trompa, el acero y la sortija que te dejo. La trompa puede salvarle en los apuros, el acero dotará su brazo de invencible vigor, y el anillo le recordará siempre á quien vino á salvarte. *(Aproximase á Elsa y deposita un beso en su frente.)* ¡Adiós! dulce encanto del alma mía ¡adiós! el Graal me llama ¡adiós!

Todos.—¡Cielo! ¡piedad! ¡no nos abandones!

(Aparece Ortrudis.)

ESCENA VII

Los mismos, ORTRUDIS

ORTRUDIS *(dirigiéndose al proscenio).*—¡Vete, ya, vete

al fin, alma orgullosa! Sepan todos quién es el que arrastra la barquilla! Sí; gracias á esa cadena yo misma cambié al niño en cisne. ¡Es el príncipe de Brabante! (A Elsa.) Por ti, por tu culpa, se lo lleva, y en breve habrá desaparecido de nuestra vista. Si se hubiese quedado, estoy convencida de que su hermano habría sido salvado por él.

Todos (con la mayor indignación).—¡Mujer horrible! ¿de qué nuevo crimen se jacta tu demencia!

ORTRUDIS.—¡Nuestros dioses quedan vengados, ya que su culto se vilipendió!

(Permanece inmóvil mirando á Elsa con salvaje gozo. Lohengrin presto á embarcarse en la navicilla, se detiene escuchando á Ortrudis; prostérnase y ora. Todas las miradas se fijan en él. Vese revolotear la santa paloma del Graal por encima de la barquilla. Lohengrin, entonces, libra al cisne de su cadena; el cisne se sumerge y en su lugar aparece el joven Godofredo.)

LOHENGRIN.—¡Miradle! Es el duque de Brabante, vuestro caudillo!

(Ortrudis, al ver á Godofredo, lanza un grito. Lohengrin entra velozmente en la barquilla, y comienza á alejarse, conducido por la paloma. Elsa, con un movimiento de gozo, contempla á Godofredo, quien se inclina ante el Rey. Todos los nobles doblan la rodilla; Godofredo estrecha en sus brazos á Elsa, la cual, volviendo la mirada hacia el río, ve alejarse á Lohengrin.)

ELSA.—¡Ah! ¡esposo, esposo mío! ¡potente Dios!
(Lohengrin se aleja cada vez más. Surge un grito general de dolor. Elsa cae desvanecida en brazos de Godofredo. Lohengrin aparece todavía á lo lejos. Telón.)

FIN DE LOHENGRIN

CRISTÁN É ISOLDA

ÓPERA EN TRES ACTOS

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL ALEMÁN

POR EL DOCTOR

D. JOSÉ BALARI Y JOVANY